

En torno al regionalismo literario Escribir, leer e historiografiar desde las regiones

Françoise Perus

*Instituto de Investigaciones Sociales,
Universidad Nacional Autónoma de México*

Refiriéndose a América Latina y al proyecto modernizador que se inicia con las guerras de Independencia, se consolida en la segunda mitad del siglo XIX y se expande durante el siglo XX, Angel Rama caracterizaba a la modernidad latinoamericana en términos de una colisión entre la modernización por un lado y las culturas tradicionales internas por otro.

A juicio del crítico uruguayo, esta modernización se ejerce mediante un rígido sistema jerárquico, basado en un patrón aristocrático, que "ha sido el más vigoroso modelador de las culturas latinoamericanas a lo largo de toda su historia" (Rama, *Transculturación* 64). En el ámbito de la cultura y las letras, dicha modernización ha sido obra de una élite intelectual, cuya importancia desmesurada en la época colonial lo ha seguido siendo hasta nuestros días a pesar de los muchos avatares de la vida americana:

Es lo que en otro lado he llamado "la ciudad letrada", que fue la que, con confiscatorio exclusivismo, se apropió del ejercicio de la literatura e impuso las normas que la definían y, por lo tanto, fijó quiénes podían practicarla. Salvo poco momentos posteriores a fuertes conmociones sociales [entre ellas la Revolución mexicana, F.P.], es la "ciudad letrada" la que conserva férreamente la conducción intelectual y artística, la que instrumenta el sistema educativo, la que establece el Parnaso de acuerdo con sus valores culturales. (*Transculturación* 65)

A estas afirmaciones, que resumen a muy grandes rasgos los contenidos del conocido libro de Angel Rama que lleva precisamente por título *La ciudad letrada*, el mismo autor había respondido por otro lado con otros estudios recogidos en su último

libro publicado en vida, *Transculturación narrativa en América Latina*, al que pertenecen las citas anteriores. Por cuanto este conjunto de ensayos se aboca explícitamente a contrabalancear las afirmaciones de su obra anterior y a resaltar la otra cara de lo que autores como José Luis Martínez han conceptualizado como "unidad y diversidad de la literatura latinoamericana", quisiera tratar de rescatar aquí, reformulándolos en parte, algunos de los planteamientos de Rama que, me parece, podrían contribuir a la justa formulación de algunas de las dificultades que se derivan del interés actual por pensar las manifestaciones y los procesos literarios desde la diversidad, la pluralidad o la heterogeneidad. Aun cuando dichos planteamientos están lejos de agotar esta problemática de lo heterogéneo y lo diverso, ni constituyen obviamente la única manera de abordarla, tienen, a mi entender, por principal virtud no sólo la de recoger y sistematizar las experiencias de una larga, multifacética y fructífera trayectoria de investigación personal, sino también la de inscribirse en una tradición crítica e historiográfica empeñada en no desvincular a la literatura —o las literaturas— de los contextos que les dan vida.

De las propuestas historiográficas y analíticas contenidas en *Transculturación narrativa*, sólo retomaré, por ahora, las que conciernen al regionalismo literario. Aunque referido primordialmente a la novela, este regionalismo literario no remite a lo que se suele designar por novela regionalista: nos habla más bien del narrar —escribir, leer e historiografiar— desde la provincia o las "regiones", vale decir desde la periferia o los márgenes, en el entendido de que la "ciudad letrada" sigue siendo el centro de decisión e institucionalización de las normas culturales y literarias. En esta perspectiva, escribir, leer e historiografiar desde los márgenes presupone entonces volver a situar la colisión de que hablaba Rama entre, por un lado, una modernidad inducida o no desde fuera y que tiene ella misma varios "centros" ubicados fuera de su propio espacio, y, por otro, formas culturales vernáculas, tradicionales o internas, cuyas modalidades, ritmos y movimientos difieren de los de la tendencia modernizadora y centralizadora. Subyace a esta concepción la idea, muy documentada por lo demás por la historiografía y la sociología latinoamericanas, de que los sucesivos movimientos de modernización del subcontinente americano, lejos de acarrear la esperada homogeneización de las formas de vida del conjunto de la nación, contribuyeron más bien

a reforzar las desigualdades sociales y las diferencias regionales. No se trata por lo tanto de que amplios sectores sociales o regiones enteras permanecieran fuera de los procesos modernizadores, sino de que, por múltiples interferencias colaterales, éstos contribuyeron y contribuyen a redefinir sus modos de existencia. Una cita literaria, que no proviene del libro de Rama sino de uno de los autores que menciona entre los más representativos de este regionalismo literario, puede ayudar a entender los alcances de lo formulado por ahora en términos más bien abstractos:

De pronto, como si un remolino hubiera echado raíces en el centro del pueblo, llegó la compañía bananera perseguida por la hojarasca. Era una hojarasca revuelta, alborotada, formada por los desperdicios humanos y materiales de los otros pueblos; rastros de guerra civil que cada vez parecía más remota e inverosímil. La hojarasca era implacable. Todo lo contaminaba de su revuelto olor multitudinario. Olor de secreción a flor de piel y de recóndita muerte. En menos de un año arrojó sobre el pueblo los escombros de numerosas catástrofes anteriores a ella misma, esparció en las calles su confusa carga de desperdicios. Y esos desperdicios, precipitadamente al compás atolondrado e imprevisto de la tormenta, se iban seleccionando, individualizándose hasta convertir lo que fue un callejón con un río en un extremo y un corral para los muertos en el otro, en un pueblo diferente y complicado, hecho con los desperdicios de otros pueblos.

Allí vinieron, confundidos con la hojarasca humana, arrastrados por su impetuosa fuerza, los desperdicios de los almacenes, de los hospitales, de los salones de diversión, de las plantas eléctricas; desperdicios de mujeres solas y de hombres que amarraban la mula en un horcón del hotel, trayendo como único equipaje un baúl de madera o un atadillo de ropa y a los pocos meses tenían casa propia, dos concubinas y el título militar que les quedaron debiendo por haber llegado tarde a la guerra . . .

Después de la guerra, cuando vinimos a Macondo y apreciamos la calidad de su suelo, sabíamos que la hojarasca habla de venir alguna vez, pero no contábamos con su ímpetu. Así que cuando sentimos llegar la avalancha lo único que pudimos hacer fue poner el plato con el tenedor y el cuchillo detrás de la puerta y sentarnos pacientemente a esperar que nos conocieran los recién llegados. Entonces pitó el tren por primera vez. La hojarasca volteó y salió a recibirlo y con la vuelta perdió el impulso, pero logró unidad y

solidez, y sufrió el natural proceso de fermentación y se incorporó a los gérmenes de la tierra. (Gabriel García Márquez, *La hojarasca*)¹

Más allá de las metáforas que reproducen la polaridad antes señalada entre el proceso modernizador (la hojarasca) y el espacio regional interior (Macondo) en donde el primero termina por estancarse luego de trastornar el segundo, y más allá también de la visión particular que de ambos tiene el narrador colombiano, lo que importa destacar aquí, para la caracterización de la región en términos culturales y literarios, es la superposición e imbricación de movimientos de espacios y tiempos diferenciados entre sí. En el espacio macondino (único representado aquí), ritmado desde su fundación histórica por las labores agrícolas de subsistencia y la reproducción de los ciclos naturales y por formas de socialidad tradicional o campesina, irrumpen de pronto los efectos del movimiento expansivo de un espacio exterior, modernizador (no representado como tal), cuyo ritmo febril y avasallador, regido por la ganancia inmediata y la falta de escrúpulos, trastorna el espacio y el tiempo macondinos. De modo que el espacio "regional" recortado y construido por el texto resulta de la interferencia de dos espacios, dos tiempos y dos formas de socialidad distintos, lo cual plantea al mismo tiempo el problema del punto de vista desde el cual se construye aquí y el de la forma narrativa adoptada. La absorción final del movimiento y el tiempo de la modernización en los del ritmo macondino, el sistema de valoraciones implícitas en la voz narrativa, y la adopción del "nos" por oposición al "ellos" (los desperdicios de toda laya) permiten afirmar, sin lugar a equivocación, que la perspectiva adoptada es la de los macondinos de vieja cepa. Sin embargo, la forma narrativa adoptada resulta sin duda más compleja, por cuanto constituye una hibridación entre formas orales, propias de la socialidad macondina, y formas escritas ajenas a este ámbito primero. En efecto, si bien la estructura narrativa y la entonación son propias del relato oral, este mismo fragmento es parte de una novela, forma escrita por excelencia. Sin contar con las evidentes marcas léxicas de un lenguaje letrado y culto, habría que estudiar entonces la forma específica en que se resuelve esta hibridación, o esta transculturación en términos de Angel Rama, en el plano de la composición, y en particular el papel que en ésta

¹ Buenos Aires, Sudamericana, 1971, pp. 9-10.

desempeñan la historia (entendida como proceso abierto) y el mito, tenga éste una estructura circular o cíclica (lo que no es exactamente lo mismo). A este respecto, la imagen final del fragmento citada en términos de "fermentación" e incorporación "a los gérmenes de la tierra" traduce, anticipándola, esta última problemática: junto con sentar una concepción cíclica del tiempo, el símil entraña también, en el largo plazo de la historia y en el de las mentalidades, la idea de una superposición y una sedimentación de capas, movimientos y tiempos diversos, cuyo desentrañamiento constituye precisamente el objeto de la poética de la obra de García Márquez.

Desde luego, el planteamiento de García Márquez y su solución artística son propios del narrador colombiano, y no es esta especificidad la que interesa desentrañar aquí. Si hemos acudido a esta cita de *La hojarasca*, es porque permite ilustrar y sintetizar en muy pocas líneas una problemática de orden general, que volvemos a encontrar, muy diversamente formulada y tratada, en muchas novelas latinoamericanas o mexicanas que comparten con las del colombiano la problemática "regional" que intentamos definir. Si de literatura mexicana se tratara, podríamos pensar, entre otras muchas, en obras como *Al filo del agua* de Agustín Yañez, *La feria* de Juan José Arreola, *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, o *Balún Canán* de Rosario Castellanos, que conjugan a su propia manera una diversidad de movimientos de tiempos y espacios, la cultura popular oral y la tradición letrada, formas del relato histórico y del relato mítico, y que cuestionan y redefinen cada una a su manera, desde los márgenes y a partir de la incorporación de formas y lenguajes provenientes de tradiciones culturales otras, los modos de narrar y escribir tributarios de las normas estéticas impuestas por el centralismo y el elitismo de la "ciudad letrada". Antes que los narradores del "Boom" —al que algunos de ellos fueron incorporados después en forma algo marginal, por cuanto no participaban de la temática urbana y universalizante que se supone lo caracterizaba, y por cuanto sus búsquedas formales podían aparecer como tributarias de un localismo, un regionalismo o incluso un indigenismo execrados— los "transculturados" son sin duda los que impulsaron una de las más poderosas renovaciones de las letras del subcontinente americano.

Pero no es el propósito de estas reflexiones adjudicar primicias, y menos aún privilegiar a unos por oposición a otros. Aun cuando

las dos corrientes a las que me estoy refiriendo puedan aparecer como enlazadas a partir de una concepción cronológica y lineal de la evolución de un sistema literario único —y por lo mismo esencialmente jerárquico—, me parece que son más bien parte de movimientos de espacios y tiempos culturales y literarios diferenciados entre sí. Mientras el Boom, caracterizado por el referente urbano de problemáticas reputadas como universales y por la experimentación formal en torno al lenguaje, participa ante todo de la evolución propia de la “ciudad letrada”, esto es, de un “centro” enlazado a su vez con otros “centros” culturales y literarios colocados fuera de su propio espacio, los “transculturados” se vuelcan hacia lo que el crítico venezolano Carlos Pacheco ha caracterizado acertadamente como “la comarca oral” (Pacheco, *La comarca oral*). Sin que conlleve necesariamente el desconocimiento de la tradición letrada, aunque sí tal vez su soslayo o su impugnación, este vuelco es el que permite a los transculturadores enlazar su propio quehacer con otras “regiones”, como el Sur de los Estados Unidos, por ejemplo, a través de la obra de William Faulkner, y con otras temporalidades culturales. Entre éstas, las mitologías, prehispánicas o no, o la tradición milenaria del folklore popular, que puede incluir desde las brumosas leyendas escandinavas que decía leer Rulfo, hasta la risa medieval descubierta a través de la lectura de Rabelais por los integrantes del grupo de Barranquilla, no representan sino una parte de los sedimentos culturales a los que han acudido estos narradores. Para “escribir como se habla”, como decía Rulfo, a los acervos mitológicos o folklóricos y a ciertas fuentes olvidadas o colaterales de la llamada tradición universal —que, como se sabe, no pasa de ser una entelequia— sumaron la “palabra viva” de aquellos sectores sociales que, más que participar del proceso modernizador, lo padecían o lo miraban de soslayo y no sin cierta incredulidad. O, mejor dicho, es desde esta “palabra viva” —la del tío Celerino de Juan Rulfo, la de la nana indígena de Rosario Castellanos, o la del abuelo de García Márquez—, y para la elaboración y proyección artísticas de esa voz, que fueron acudiendo a estos acervos y a estas renovadas fuentes literarias.

Ahora bien, si toda empresa de historiografía literaria consiste en la construcción de marcos conceptuales de interpretación que, como tales, son necesariamente aproximados y siempre sujetos a

revisión, qué ventajas puede tener el sustituir la idea de un sistema literario único, construido a partir de la continuidad y la oposición de corrientes y escuelas diversas, por la de sistemas literarios diferenciados entre sí y basados en la identificación de movimientos de espacios y tiempos disímiles?

En primer lugar, permite romper con las tendencias exclusivas y normativas de un centralismo, que por su posición hegemónica tiende a erigir sus propias normas de escritura y de lectura en normas "universales", y por lo tanto a construir "el" sistema de la literatura en función de valores a la vez jerárquicos y ahistóricos, o al menos jerárquicamente ordenados en función de un solo tiempo, el suyo propio (ver al respecto Bernard Mouralis, *Las contraliteraturas*). En este marco, las asincronías que caracterizan a muchas de las manifestaciones culturales y literarias de las regiones tienden necesariamente a verse como "atraso" o "excentricidades" aisladas, de dudoso o escaso valor. Pensar en una pluralidad de movimientos de espacios y tiempos, o, si se prefiere, en un polisistema, para sociedades en las que no sólo las experiencias de vida sino también la escolaridad y la educación artística distan mucho de ser homogéneas y ponen en entredicho el postulado de una relación compartida con una norma escrita y una tradición literaria y cultural cohesionada, parece responder mejor a las necesidades de sistematización de lo que seguimos percibiendo en gran medida como "heterogeneidades" o "hibridaciones" culturales y literarias.

En segundo lugar, este polisistema descentrado y concebido en términos de movimientos de espacios y tiempos diferenciados entre sí tiene a mi entender la ventaja de subsanar algunos de los problemas que se derivan de la caracterización de las regiones, sean éstas parte del territorio nacional o cubran espacios que pertenecen a diversas naciones vecinas, en términos o bien geográficos, o bien políticos, o incluso étnico-culturales debido a la presencia de un fuerte componente indígena o africano. La delimitación geográfica de las regiones como su caracterización étnico-cultural tiende a *naturalizar* a la cultura y a las etnias y a *fijar* entidades o esencias supuestas, al convertir el espacio en receptáculo de contenidos diversos y más o menos estancos. La definición política a su vez presupone una correspondencia exacta entre ámbitos cuyos movimientos y temporalidades no son necesariamente coincidentes. Piénsese por ejemplo en las

diferencias de formas culturales y de ritmos que puedan existir en el estado de Jalisco entre una ciudad comercial como Guadalajara y los Altos: sin estas diferencias no se entenderían ni a Yañez, ni a Arreola, ni a Rulfo. Asimismo, si pensamos en regiones más amplias como el Caribe o la región andina, los factores políticos diversos que puedan intervenir en la configuración concreta de espacios caracterizados por relaciones socio-culturales y temporalidades propias, tienen que subordinarse, al menos teóricamente, a los requerimientos de una caracterización de la región en términos de los movimientos y las temporalidades culturales y literarios que la definen como tal. En esta última perspectiva, la región deja de ser un espacio artificialmente recortado y aislado para convertirse en el lugar de entrecruzamiento de movimientos internos y externos con sus temporalidades propias, que tienen en la literatura sus formas de apropiación y formalización específicos.

En tercer lugar, esta caracterización de la región como superposición e imbricación —entrecruzamiento— de movimientos de espacios y tiempos diferenciados entre sí cancela cualquier concepción sustancialista de la identidad, al correlacionarse ésta con dimensiones múltiples e insoslayables de la *alteridad*. Esta se vive desde luego de muchísimas maneras, pero desde el punto de vista de su aprehensión y formalización literarias, la perspectiva analítica adoptada puede contribuir a la exploración de las diversas formas que adquiere la figuración del "otro" en la narrativa hispanoamericana, desde la imagen más fija y estereotipada de personajes privados de voz hasta la asunción de voces autónomas y plenas, carentes o no de corporeidad y posibilidad de acción, esto es, de existencia propiamente temporal. Las nociones de personaje y de voz, generalmente aceptadas como aproblemáticas, sus modalidades concretas, sus correlaciones mutuas y las transformaciones de unas y otras en los diversos sistemas literarios sigue siendo hasta ahora un campo poco explorado y sin embargo sumamente revelador no sólo de la riqueza de soluciones artísticas ofrecida por la narrativa del subcontinente, sino también de las posibilidades e imposibilidades del dialogismo social y cultural, en el marco de los renovados intentos de modernización que hemos vivido y seguimos viviendo.

Complementario del anterior, el segundo aspecto fundamental por explorar para la dilucidación de las políticas narrativas americanas y su puesta en perspectiva, concierne a las modalidades

de la enunciación, desde la asunción de ésta por parte de un narrador ubicado en la perspectiva de una supuesta objetividad universal y abstracta, hasta la descomposición de esta última perspectiva mediante una multiplicación de voces enunciativas que provienen de espacios y tiempos diferenciados entre sí, pasando por situaciones en las que las diversas perspectivas espaciales, temporales o socioculturales delineadas por la voz narrativa conllevan al mismo tiempo una reversibilidad de las posiciones sucesivamente adoptadas por aquélla. En la versatilidad del narrador de muchas obras latinoamericanas y en las búsquedas de muchos autores para deshacerse del narrador universal y abstracto heredado de la tradición realista europea y volver a *localizar* y *arraigar* la instancia enunciativa, hay todavía mucho que explorar. Las "colisiones" de las que hablaba Angel Rama, provocadas por movimientos sucesivos de modernizaciones a menudo trucas, o los "desencuentros de la modernidad" de los que habló también Julio Ramos a propósito del siglo XIX (*Los desencuentros de la modernidad en América Latina*) contribuyen sin duda a plantear problemas de enunciación específicos, cuyas soluciones artísticas merecen ser inventariadas, descritas y valoradas.

Por último, quisiera señalar que, aun cuando la idea de un polisistema literario a la que hemos arribado con la ayuda de Angel Rama —entre otros— parte de la observación de un movimiento literario y de roturas de escritura particulares, que llaman a su vez modalidades de lectura y de historiografía acordes con dichas formas, no por ello quedan esta idea y las propuestas historiográficas que encierra circunscritas al ámbito que las fundamenta. Al ampliar y redefinir en buena medida el espacio de nuestras experiencias estéticas y literarias, estas formas de escritura "transculturada" contribuyen también a modificar los horizontes de nuestras expectativas y justifican de este modo una reapertura de nuestro pasado literario: a la luz de esta idea de polisistema, la configuración de los corpus, los modos de lectura y las periodizaciones acostumbradas podrían cobrar visos nuevos y más acordes, tal vez, con el devenir de nuestras literaturas, inscritas en buena medida y desde sus orígenes americanos en un doble diálogo, sin duda tenso y conflictivo, entre las tradiciones "universales" por un lado, y las tradiciones "vernáculos" por otro.

Obras citadas

- Mouralis, Bernard. *Las contraliteraturas*. Buenos Aires: Librería El Ateneo, 1978.
- Pacheco, Carlos. *La comarca oral (la ficcionalización de la oralidad cultural de la narrativa latinoamericana contemporánea)*. Colección Zona Tórrida. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1992.
- Rama, Angel. *La ciudad letrada*. Hannover, New Hampshire: Ediciones del Norte, 1984.
- . *Transculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XX, 1982.
- Ramos, Julio. *Los desencuentros de la modernidad en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.